

son asimismo de nuestra pobreza su resurreccion triunfante; las varias apariciones á sus discípulos, especialmente la primera á su Madre; los cuarenta dias de legislacion secreta para la organizacion de su Iglesia é institucion de las materias y formas de los sacramentos; el encanto y recogimiento de aquellos hermosos dias; las maravillas que obró, las palabras que brotaron de sus labios, las gracias que otorgó á manos llenas, las bendiciones que derramó, y últimamente, la pompa soberana y augusta de su ascension gloriosa á los cielos. ¿Quién será capaz de agotar este abundantísimo manantial de aguas vivas? ¿Quién podrá secar la riquísima vena de ese sinnúmero de actos maravillosos é infinitos por la union con su divina Persona, y que tienen un ilimitado poder para con Dios? Pues bien: todos estos tesoros están á nuestra disposicion para la intercesion; y podemos fundadamente creer que tendrán una especial eficacia, aprovechándolos en ciertas solemnidades del año, á excepcion de la pasion, que cuenta todos los dias por suyos.

### SECCION III.

#### 2.º *La Pasion.*

Pasemos ahora á hablar del uso de intercesion que podemos hacer con la pasion. Naturalmente creémos que habiendo sido consumada la obra de nuestra redencion principalmente por los misterios de la pa-

sion santísima de nuestro Salvador, nada deseará El tanto como el recuerdo frecuente de estos misterios, que mueven sus entrañas de misericordia más vivamente que ningun otro, al ofrecérselos en actos de amor, acciones de gracias y fervorosa intercesion. San Bernardo declara que es una comunion espiritual la simple consideracion de la pasion del Señor. El Padre Baltasar Álvarez no se contentaba con hacer de ella el asunto ordinario de sus meditaciones, sino que solía decir á sus novicios: «No esperemos, hijos míos, haber hecho cosa alguna de provecho, á menos que no tengamos siempre presente en nuestro corazon la imágen de Cristo crucificado.» Fr. Benito de Canfield llega á asegurar que las almas, en su union más íntima con Dios, todavía meditan sobre la pasion, si bien lo niegan el P. Baker y otros, tomada la palabra en sentido de rigurosa meditacion. El mismo Señor habló de esta manera á Santa María Magdalena de Pázzis: «Todos los viernes del año fija tu consideracion, hija mia, en la hora en que espiré sobre la Cruz, y así es como recibirás gracias muy especiales de mi espíritu, que entónces entregué al Eterno Padre; y aunque no sientas semejantes gracias, no será por eso menos cierto que reposarán sobre tu corazon.» La gran campana de Duomo todavía llama á los fieles de Florencia á este sagrado recuerdo. La beata Clara de Montefalco tenía tan impresa en su ánimo la memoria de la pasion, que todo

cuanto vela serviala de ingenioso memorial que le estaba sin cesar recordando los sufrimientos de nuestro Redentor. A la beata Verónica, religiosa agustina, díjola un día el Señor:—«Es mi voluntad que todos los hombres procuren honrar con un vivo dolor de su corazón la memoria de mi pasión, compadeciéndose de mis penas y trabajos. Una sola lágrima que sobre ella derramen, es una obra de inapreciable valor; pues no hay lengua humana que pueda expresar el gozo y contentamiento que esa única lágrima causa en mi ánimo.»—Los Ángeles revelaron á la beata Juana de la Cruz que la divina Majestad recibía tan indecible complacencia en el dolor por la pasión de Jesucristo, y que semejante sentimiento era un sacrificio tan agradable á sus ojos, que igualaba al derramamiento de nuestra sangre y sufrimiento de las más grandes aficciones. Advértenos San Teodoro Estudita que bajo ningún concepto olvidemos en Resurrección la memoria de la pasión, es decir, las llagas, cruz, sepultura, etc., de nuestro Redentor. Y Orlandini cuenta que solía decir el P. Pedro Fabre, que así como la pasión fué el camino de Cristo para su gloria, así también la compasión por la pasión es el que igualmente nos conduce á nosotros allá.

Dijo el Señor en cierta ocasión á Santa Gertrudis las siguientes palabras, llenas de dulce consolación:—«Quienquiera que se sienta oprimido bajo el peso de culpas enormes, respirará libremente con la

esperanza del perdón, ofreciendo á Dios el Padre mi santísima pasión y muerte; y esté seguro que, haciéndolo así, recibirá el fruto saludable de la remisión de sus pecados, pues no hay en el mundo un remedio tan eficaz contra la culpa, como la consideración devota de mi pasión, unida á un verdadero arrepentimiento y viva fe.»—Alberto Magno solía repetir que una sola lágrima derramada sobre la pasión de nuestro Redentor era más meritoria á los divinos ojos que un año entero de ayunos á pan y agua, vigiliias y disciplina. Santa María Magdalena reveló á un siervo de Dios de la Orden de Santo Domingo, que al retirarse después de la Ascension del Señor á un áspero desierto á hacer penitencia, quiso saber de Jesucristo nuestro Redentor, en qué ejercicio se había de ocupar en aquella soledad; y nuestro Señor, accediendo á sus ruegos, la envió al arcángel San Miguel con una hermosísima cruz en las manos, la cual puso á la puerta de su cueva, para que pudiese estar incensantemente contemplando los misterios de la pasión. Un día, mientras Santa Gertrudis meditaba sobre la pasión, entendió por una visión celestial que el ponderar y rumiar los sufrimientos de Cristo era un ejercicio de una eficacia infinitamente mayor que otro cualquiera. Oigamos, por último, cómo se expresa San Agustín acerca del particular:—«Lo que más mueve, inflama, enciende y obliga á mi corazón á amaros más que á todas las cosas y á que seais

para mí el objeto de todos mis afectos , es la muerte ignominiosísima y amarga que Vos, Jesus mio, padecisteis por la obra de nuestra redencion. Solo esto demanda de justicia toda nuestra vida, y todos nuestros trabajos, y toda nuestra devocion y todo nuestro amor. Esto, vuelvo á decir, es lo que mejor despier-ta, y más dulcemente solicita, y multiplica con mayor abundancia nuestra devocion y nuestro amor.»

En la vida de Santa Gertrudis se declara de un modo maravilloso los exquisitos artificios del amor con que nuestro Señor recompensa esta devocion. Un viérnes, á la caída de la tarde, fijó la Santa sus ojos en un Crucifijo, y movida de compuncion, exclamó:—«¡Ah, dulcísimo Criador mio, y amor mio! ¡Cuántos y cuán crueles tormentos padecisteis hoy por mi salvacion? y yo, ¡ingrata de mí! no he hecho cuenta de ellos! pasando el dia ocupada en otras cosas! ¡Ay! ¡no me he acordado de la hora en que Vos, Vida mia, dísteis la vida por todos y por amor de mi amor!»—Respondióla el Señor desde el Crucifijo con estas amorosas palabras:—«Lo que tú olvidaste, helo suplido Yo por tí. He recogido dentro de mi co-razon todo cuanto debiste reunir en el tuyo, y se ha henchido con tal plenitud, que me ha obligado á esperar hasta este momento, para que tu intencion supliese semejante descuido tuyo; y ahora que acabas de manifestármela, ofreceré á Dios mi Padre todo cuanto he suplido; porque sin esa intencion de tu

parte, dicha ofrenda no hubiera sido tan provechosa á tu espíritu.»— Hé aquí, dice Gertrudis, una prueba del abrasador amor de Jesus hácia los hombres. En otra ocasion, estando la Santa contemplando un Crucifijo, que tenía en las manos, supo por luz sobrenatural que todo aquél que contempla devotamente un Crucifijo, es mirado por Dios con ojos muy compasivos y misericordiosos; y que su alma, cual espejo resplandeciente, refleja una imágen tan hermosa y agraciada del divino amor, que embelesa y arrebatá á todos los cortesanos del cielo, siendo para él dichas imágenes, cuantas veces practique semejante devocion acá en la tierra, otros tantos grados más de gloria eterna en el cielo.

Y no se crea que esta práctica sea una mera devocion de sentimiento—«¡Ay! exclamaba un dia Santa Gertrudis, única Esperanza mia, y salvacion de mi alma! Decidme; cómo podré honrar debidamente vuestra pasion, tan amarga para Vos, y tan dulce para mí?»—Revolviendo, la contestó el Señor, en tu mente, aquella ansiedad con que Yo, tu Criador y Señor oraba prolijamente en mi agonía, y cuya excesiva vehemencia de solicitud, fervor y caridad me produjo un copiosísimo sudor de sangre, que llegó á empapar la tierra; y despues cuanto practiques me lo ofrecerás en union con aquella sumision profunda con que decia á mi Padre: *No se haga mi voluntad, sino la vuestra*. Así, pues, recibirás todas las cosas prósperas y

adversas con el mismo amor con que Yo te las envío para salvacion de tu alma: recibirás las prósperas con agradecimiento, y en union con aquel amor con que condescendiendo á tu flaqueza, te las procuro para que así aprendas á esperar la dicha eterna. Las adversas preciso es que las recibas en union con aquel afecto y amor paternal que me mueven á enviártelas, para que anheles con vivas ansias la bienaventuranza de la gloria.»

Aparecióse el Señor un dia á Santa Brígida, y la dijo:—«Te aconsejo, hija mia, que no pierdas nunca de vista estos dos pensamientos. Primero, un vivo recuerdo de todo cuanto he hecho por tí, sufriendo y muriendo en una Cruz: semejante pensamiento despertará en tu alma afectos dulces de amor divino. Segundo, la consideracion de mi justicia y juicio venideros, consideracion que inspirará en tu ánimo un temor santo y saludable.»—La pasion del Señor fué asimismo la devocion favorita de la Santísima Virgen, como Ella misma lo declaró á Santa Brígida:—«Mi espíritu, la dijo, y mi corazon estuvieron siempre en el sepulcro de mi Hijo;» suplicando en seguida á la Santa que no perdiese nunca de vista la pasion de Jesus. Hé aquí por qué fueron tan eficaces las lecciones de Santa Brígida á su hija Santa Catalina acerca de esta devocion. En la *Vida de Santa Catalina* leemos que todas las noches, ántes de acostarse, gastaba cuatro horas enteras haciendo genuflexiones y

dándose golpes de pecho, suspirando y derramando abundantes lágrimas por la pasion de Cristo, y ofreciéndose á Dios durante todo este tiempo en oloroso holocausto. Cuando la beata Angela de Foligno pidió al Señor la manifestase qué podría hacer que fuese de su mayor agrado, aparecióse á ella varias veces, ora estando en sueños la sierva de Dios, ó bien mientras velaba, pero siempre como crucificado en la Cruz; y despues de mostrarla las llagas, y haberla declarado de un modo inefable, cómo había recibido semejantes heridas por su amor, la dijo estas palabras: «¿Qué podrás tú hacer para pagarme tantos sacrificios?» En otra ocasion, segun refieren los Bolandos, el mismo Dios Señor nuestro la manifestó, que si alguno deseaba encontrarle propicio, no apartase sus ojos de la Cruz, ora le visitase su providencia con aficciones, ora le colmase de inefables consuelos.

No es, pues, maravilla que oyese la misma Foligno de boca del Señor las bendiciones que Dios tiene reservadas para aquellos que son devotos de su Pasion, y para los que la imitan, ó se compadecen de ella:—«Benditos de mi Padre sois vosotros que os compadecéis de mí, y ya sufriendo conmigo ó bien siguiendo mis pasos, habeis merecido lavar vuestras estolas en mi preciosa sangre.—Benditos vosotros que os habeis compadecido de mí, crucificado y afligido de inmensos dolores para satisfacer por vosotros y redimir de las penas eternas que merecáis; pues com-

padeciéndoos en la pobreza, trabajos y ultrajes que sufrí por vuestra salvacion, os habeis hecho hijos dignos de bendicion. Benditos vosotros que os mostréis devotamente compasivos de mi Pasion, portentoso de los siglos, salvacion y vida de las almas descarriadas y único refugio de los pecadores, porque seréis herederos conmigo, y coherederos del reino, y gloria y resurreccion que con ella os he adquirido. Benditos vosotros de mi Padre y del Espíritu Santo, y verdaderamente benditos con la bendicion que daré en el día del juicio, porque me llegué á vosotros, y no me desechásteis, como lo hicieron mis perseguidores: ántes bien me acogisteis compasivos, y cual á extranjero abandonado, me disteis hospitalidad en vuestro corazon. Os habeis condolido de mí, viéndome tendido y desnudo en la Cruz, sediento, fatigado y espirante. Quisisteis ser compañeros míos; y así es como habeis cumplido fielmente todas las obras de misericordia. Pues bien; oiréis en aquella horra terrible del juicio: *Venid, benditos de mi Padre; recibid el reino que os está preparado desde la constitucion del mundo*, porque tuve hambre en la Cruz, y con vuestra compasion me disteis de comer. ¡Oh dichosos, vosotros, y mil veces dichosos! Si clavado en la Cruz rogué á mi Padre con lágrimas y suspiros por mis perseguidores y verdugos, y los excusé diciendo: *¡Padre mio! ¡perdónalos, porque no saben lo que hacen!* ¿qué no diré por vosotros que os habeis com-

padecido de Mí, y sido mis fieles compañeros, cuando lleno de gloria y majestad venga á juzgar al mundo?»

Y bien; ¿qué nos enseñan todos estos ejemplos y revelaciones, sino que Dios ha querido darnos su pasion, para que usemos de ella con mayor derecho todavía que aquel que tenemos sobre los trabajos que padecemos, y aficciones que sufrimos: aficciones y trabajos que son más bien deudas que es preciso pagar, necesidades que no es posible eludir y castigos que debemos aceptar con entera resignacion? Pero volvamos al uso de la pasion en la intercesion, nuestro principal objeto. Dice Lancisio que es de una eficacia infinita la oblacion de la sangre de Cristo, ó de su pasion y muerte, presentada al Eterno Padre, ó al mismo Salvador, para aplacar su enojo contra los pecados del mundo. El mismo Dios tuvo la dignacion de enseñar esta práctica á Santa María Magdalena de Pázzis, al quejarse amargamente á ella de los pocos que en el mundo procuraban aplacar su justa cólera contra los pecadores. Dócil la Santa á las enseñanzas de su divino Maestro, ofrecia la sangre de Cristo varias veces al día por toda clase de pecadores; y su ejercicio ordinario consistia en ofrecerla cotidianamente cincuenta veces por los vivos y difuntos. Lo hacia con tal fervor, que en no pocas ocasiones, la mostró el Señor así la muchedumbre de pecadores cuya conversion habia alcanzado, como el asombroso nú-

mero de almas que con dicha devocion sacára del purgatorio. Cierta dia, arrobada la Santa en un éxtasis amoroso, exclamó: «Cuántas veces la criatura ofrece esta sangre con que ha sido redimida, otras tantas ofrece un don de inapreciable valor, que la será sobreabundantemente recompensado. Más aún: es tan rico semejante don, que el Eterno Padre se cree obligado á su criatura, porque la contempla en su lastimosa miseria que su infinita bondad desea compadecer, y compadeciéndose, comunicarse á ella; y hé aquí cómo esta ofrenda es la causa de que la divina bondad se esté incesantemente comunicando á su criatura.»

«Semejante devocion, dice Lancisio, glorifica y recrea á Dios con la más noble y excelente de todas las ofrendas: pide, ó más bien exige, en cierta manera, la remision de nuestras culpas pasadas, la preservacion de las venideras, la conversion de los pecadores y herejes y el perdon de las penas temporales debidas al pecado: sirve asimismo de accion de gracias por todos los beneficios públicos y particulares, de imprecacion para alcanzar los divinos auxilios, y de remedio efficacísimo contra innumerables necesidades así de vivos como de difuntos.»

#### SECCION IV.

##### 3.º *Devocion á la Santísima Virgen.*

No pocos desean saber cuánta debe ser su devocion á nuestra Señora, y qué límites ha de tener su devocion á tan tierna Madre. Llegan á disgustarse cuando oyen decir, que nunca podrán tener bastante devocion á María, que no cabe exceso en semejante práctica piadosa, y que no tiene límite su amor hacia dicha Señora. Esta respuesta, aunque exacta, no les satisface; la creen una especie de exageracion piadosa, verdadera en cierto sentido, pero nó una contestacion adecuada á su pregunta, una solucion cumplida á su dificultad. Parece que nada tendrían que oponer, si se les hablase de esta manera: «Amad á María como la amó Jesus; profesadla tanta devocion como Jesus desea que la profeseis, y pedidle sin escrúpulo semejante devocion, conforme á su divina voluntad.» No es posible conocer á Jesus y mucho ménos amarle, si no abrigamos una tierna devocion á María: es imposible concebir una devocion hácia esta Señora, que sea más eficaz para mover el Corazon de Jesus á que escuche nuestras plegarias, como la devocion de oblacion, la cual consiste en ofrecer al Hijo aquellas gracias con que la enriqueciera como á su Madre querida; aquellos actos de amor con que la adornara la Beatísima Trinidad cual á trofeo